

LUMINOSIDAD Y VERISMO EN LA PINTURA DE RAFAEL XIRINACHS

SUAVE y ponderado en sus juicios, afable y emotivo en el diálogo, con sonrisa franca y expresivo ademán, Rafael Xirimachs predispone al intimismo. A un intimismo de efusiones líricas que son la premisa inevitable de las consecuencias, lógicas, a que aflora su refinado temperamento y su exquisita sensibilidad. Cuando el pintor aborda temas estéticos diríase que, tanto como el espíritu dilecto fluye de sus labios, un destello ígneo se asoma también a sus ojos garzos con la fugacidad de un relámpago deslumbrador. Y en el moreno rostro juvenil que flanqueado por unas patillas románticas me recuerda el autorretrato de Alenza, late una promesa esperanzadora de insobornable plenitud.

Español por naturaleza, aunque de estirpe húngara, puesto que sus antepasados fueron magyares, tiene algo de aquellas dilatadas planicies que se asoman al Balatón en la mirada perdida cuando, entornados los ojos, deja surgir la ensoñación melancólica desde el transfondo del alma. Es entonces cuando se advierte su inquietud temperamental y sus fervores andariegos consagrados en muy bellas páginas de pintura moderna, saturadas de un acusado nomadismo: porque basta una simple ojeada a los fondos pictóricos de Xirinachs para sentirse transportado a las más varias latitudes del medio español cuyas peculiaridades asimiló aquella paleta sensitiva, dirigida por unos pinceles de embrujo al servicio perenne de la técnica más depurada y sugestiva. Remansados en una paz georgica y virgiliana que semeja cantar las aterciopeladas suavidades del agro, los paisajes aparecen inmersos en luces doradas cuyas delicadas matizaciones nimban de nitidez los perfiles de la topografía más diversa. Expresión verista y realidad lograda, de acuerdo con las influencias universales, contemporáneas, que informan su vocación, de calidades instintivas para una composición equilibrada, y de matiz clásico que avalora más algunos de sus lienzos.

En los que reproducen bellos rincones del Somontano y tierra baja —recientemente expuestos en esta capital—, un grafismo desenfadado



XIRINACHS: calle del Palacio (Huesca)

y vibrante da la impresión estimable de una independencia creadora, junto a una entonada preocupación decorativa que les presta particular encanto. Abiego, El Grado, Lalueza, las dos Peraltas—de Alcofea y de la Sal—, monasterio de Casbas, La Puebla de Castro, lejanías del Cinca, etc., presentan tierras y entonaciones cálidas muy sugerentes y bien trabajadas con un acabado sentido de expresión plástica propicio a la emoción. Tanto más susceptible cuanto que la literatura costumbrista registra en las páginas de nuestros escritores, ficciones y anécdotas, episodios y efemérides vinculados a la tierra vernácula. Otros paisajes de varia topografía ofrecen el encanto de finas calidades y de transparencias sutiles, que acreditan unas dotes merecedoras de feliz prosecución.

En los bodegones se refleja el oficio honrado y la franca dedicación a los problemas artísticos, con una técnica tradicional y usando toques despejados en afortunada síntesis de frescor en los volúmenes y vibración en el color.

Completan el conjunto tres grandes retratos de blanda y pastosa pincelada, donde Xirinachs logra el vigor plástico y la concreción dibujística de estas figuras cuyo carácter aparece, asimismo, sostenido con firmeza y reciedumbre. Una luz estival desciende sobre aquéllas, modelándolas con relieve y pulidez tales que les presta un equilibrio perfecto y distinción de buen estilo. Resueltos con garbo nos recuerdan la manera aragonesa de algunos tipos análogos de Gárate y de Rincón sobre fondos de cielos cumuliformes y arriscados con cálidas entonaciones zuloaguescas.

Muy moderno en la formación, y en el espíritu alertado y tenso a las inquietudes estéticas del momento, Rafael Xirinachs integra las avanzadas de los que aspiran a una relativa renovación del conjunto de nuestra pintura con un respeto perdurable a la técnica y a las obras eternas de los pintores clásicos. Admiro en Velázquez—nos ha confesado—el movimiento y actitudes de aquellas figuras impresionantes. En Goya, el germen de la pintura moderna en sus más vibrantes aspectos de mueca y mancha con aquellos tonos pungitivos y sarcásticos. En Santamaría y en Zuloaga, la actualización pictórica, respectiva, de aquellas escuelas y tendencias inmortales.

Aunque suele decirse de los pueblos y de los hombres jóvenes que carecen de historia, nuestro artista, sin embargo, se la va creando siquiera sea en el tono menor y confidencial de la anécdota. Y así nos refiere que habiendo expuesto sus obras en cierto pueblo gallego, alguien poco versado en arte moderno, noticioso únicamente de su nombre de pila, comentó tan campante: «¿Rafael? ¡Con la de cuadros que yo he visto de este hombre en los libros de la escuela!»

Otra vez, de chiquillo, en Barcelona, le roban un cuadro de sus primeras producciones artísticas. Y con ocasión de la vista del juicio en la Audiencia, comparece allí acompañado de su padre. Un ujier le anuncia en estrados. Y el chicuelo, desasiéndose, cohibido, del cuidado paterno, le sigue en pos. Mas el presidente, alzada la voz y devorando con los ojos al que supone despistado servidor, le conmina: ¡He llamado al pintor!

Rafael Xirinachs sonríe ampliamente al evocar este lance infantil. Y en su optimismo, contagioso, se presiente el bien dotado de espíritu y de manos al que espera un destacado puesto en el mundo del arte.

SALVADOR MARÍA DE AYERBE